

D.<sup>a</sup> LUC.—Eso fuera á saber él  
Que su papel recibí:  
Mas él piensa que rompi  
Sin leello su papel.

D.<sup>a</sup> JAC.—Pues con eso es cosa cierta,  
Que curiosidad ha sido.

D.<sup>a</sup> LUC.—En mi vida me ha valido  
Tanto gusto el ser curiosa.  
Y porque su falsedad  
Conozcas, escucha y mira  
(*Saca un papel, lo abre, y lee en se-  
creto.*)  
Si es mentira, la mentira  
Que mas parece verdad.

#### ESCENA V.

DICHAS, Y AL PAÑO DON GARCÍA, TRISTAN Y  
CAMINO.

CAMINO.—¿Veis la que tiene en la mano  
Un papel?

D. GAR. —Sí.

CAMINO. —Pues aquella  
Es Lucrecia.

D. GAR. —(¡Oh causa bella  
De dolor tan inhumano!  
Ya me abraso de celoso.)

¡Oh Camino, cuánto os debo!

TRISTAN—(*A Cam.*) Mañana os vestís de nuevo.

CAMINO.—Por vos he de ser dichoso.

D. GAR.—Llegarme, Tristan, pretendo  
Adonde, sin que me vea,  
Si posible fuere, lea  
El papel que está leyendo.

TRISTAN.—No es difícil, que si vas  
A esta capilla arrimado,  
Saliendo por aquel lado  
De espaldas la cogerás.

D. GAR.—Bien dices, ven por aquí.  
(*Se entran como para dar vuelta tras  
de una capilla que se verá en el tea-  
tro; y salen tomando la espalda á las  
damas luego que doña Jacinta tenga  
el papel en la mano.*)

D. JAC.—Lee bajo, que darás  
Mal ejemplo.

D.<sup>a</sup> LUC. —No me oirás:  
Toma y lee para ti.  
(*Da el papel á Jacinta.*)

D.<sup>a</sup> JAC.—Ese es mejor parecer.

TRISTAN—Bien el fin se consiguió.

D. GAR.—Tú, si ves mejor que yo,  
Procura, Tristan, leer.

D.<sup>a</sup> JAC.—« Ya que mal crédito cobras  
« De mis palabras sentidas,



« Dime, si serán creidas,  
 « Pues nunca mienten, las obras.  
 « Que si consiste el creerme,  
 « Señora, en ser tu marido,  
 « Y ha de dar el ser creído  
 « Materia al favorecerme,  
 « Por este, Lucrecia mia,  
 « Que de mi mano te doy  
 « Firmado, digo que soy  
 « Ya tu esposo—don García.»

D. GAR.—Vive Dios que es mi papel.

TRISTAN—¿Pues qué no lo vió en su casa?

D. GAR.—Por ventura lo repasa,  
 Regalándose con él.

TRISTAN—Como quiera te está bien.

D. GAR.—Como quiera soy dichoso.

D.<sup>a</sup> JAC.—Él es breve y compendioso,  
 O bien siente ó miente bien.

D. GAR.—Volved los ojos, señora,  
 Cuyos rayos no resisto.

(*Tápanse doña Lucrecia y doña Jacinta.*)

D.<sup>a</sup> JAC. (*Aparte á doña Lucrecia.*)

—Cúbrete, pues no te ha visto,  
 Y desengáñate agora.

D.<sup>a</sup> LUC.—Disimula, y no me nombres.

D. GAR.—Corred los delgados velos  
 A ese asombro de los cielos,

A ese cielo de los hombres.

¿Posible es que os llevo á ver,  
 Homicida de mi vida?  
 Mas como sois mi homicida,  
 En la iglesia hubo de ser:  
 Si os obliga á retraer  
 Mi muerte, no hayais temor;  
 Que de las leyes de amor  
 Es tan grande el desconcierto,  
 Que dejan preso al que es muerto  
 Y libre al que es matador.

Ya espero que de mi pena  
 Estais, mi bien, condolida,  
 Si el estar arrepentida  
 Os trajo á la Madalena:  
 Ved como el amor ordena  
 Recompensa al mal que siento,  
 Pues si yo llevé el tormento  
 De vuestra crueldad, señora,  
 La gloria me llevo agora  
 De vuestro arrepentimiento.

¿No me hablais, dueño querido?  
 ¿No os obliga el mal que paso?  
 ¿Arrepentidos acaso  
 De haberos arrepentido?  
 Que advertais, señora, os pido,  
 Que otra vez me mataréis:  
 Si porque en la iglesia os veis



Probais en mí los aceros,  
Mirad que no ha de valeros  
Si en ella el delito haceis.

D.<sup>a</sup> JAC.—¿Conoceisme?

D. GAR. —Y bien por Dios;  
Tanto que desde aquel día  
Que os hablé en la platería,  
No me conozco por vos:  
De suerte que de los dos  
Vivo mas en vos que en mí;  
Que tanto, desde que os ví,  
En vos trasformado estoy,  
Que ni conozco el que soy,  
Ni me acuerdo del que fui.

D.<sup>a</sup> JAC.—Bien se ocha de ver que estais  
Del que fuistes olvidado;  
Pues sin ver que sois casado  
Nuevo amor solicitais.

D. GAR.—¡Yo casado! ¿En eso dais?

D.<sup>a</sup> JAC.—¿Pues no?

D. GAR. —¡Qué vana porfía!  
Fué, por Dios, invencion mía,  
Por ser vuestro.

D.<sup>a</sup> JAC. —O por no sello;  
Y si os vuelven á hablar dello,  
Seréis casado en Turquía.

D. GAR.—Y vuelvo á jurar por Dios,  
Que en este amoroso estado

Para todas soy casado,  
Y soltero para vos.

D.<sup>a</sup> JAC. (*Aparte á doña Lucrecia.*)

—¿Ves tu desengaño?

D.<sup>a</sup> LUC. —(¡Ah cielos,  
Apénas una centella  
Siento de amor, y ya della  
Nacen volcanes de celos!)

D. GAR.—Aquella noche, señora,  
Que en el balcón os hablé,  
¿Todo el caso no os conté?

D.<sup>a</sup> JAC.—¿A mí en balcón?

D.<sup>a</sup> LUC. —(¡Ah traidora!)

D.<sup>a</sup> JAC.—Advertid que os engañais:  
¿Vos me hablastes?

D. GAR. —Bien por Dios.

D.<sup>a</sup> LUC.—(¿Hablaísle de noche vos,  
Y á mí consejos me dais?)

D. GAR.—¿Y el papel que recibistes,  
Negaréislo?

D.<sup>a</sup> JAC. —¿Yo papel?

D.<sup>a</sup> LUC.—(¡Ved qué amiga tan fiel!)

D. GAR.—Y sé yo que lo leistes.

D.<sup>a</sup> JAC.—Pasar por donaire puede  
Cuando no daña, el mentir;  
Mas no se puede sufrir  
Cuando ese limite excede.

D. GAR.—¿No os hablé en vuestro balcón,



Lucrecia, tres noches há?

D.<sup>a</sup> JAC.—¿Yo Lucrecia? (Bueno va;  
Toro nuevo, otra invencion:

A Lucrecia ha conocido,  
Y es muy cierto el adoralla;  
Pues finge, por no enojalla,  
Que por ella me ha tenido.)

D.<sup>a</sup> LUC.—(Todo lo entiendo, ¡ah traidora!

Sin duda que le avisó  
Que la tapada fui yo;  
Y quiere enmendallo agora  
Con fingir que fué el tenella  
Por mí, la causa de hablalla.)

TRISTAN (*Aparte á don García.*)

—Negar debe de importalla  
Por la que está junto della,  
Ser Lucrecia.

D. GAR. —Así lo entiendo;

Que si por mí lo negara,  
Encubriera ya la cara;  
¿Pero no se conociendo  
Se hablaran las dos?

TRISTAN —Por puntos

Suele en las iglesias verse,  
Que parlan sin conocerse  
Los que aciertan á estar juntos.

D. GAR.—Dices bien.

TRISTAN —Fingiendo agora

Que se engañaron tus ojos,  
Lo enmendarás.

D. GAR. —Los antojos

De un ardiente amor, señora,  
Me tienen tan deslumbrado,

Que por otra os he tenido:

Perdonad que yerro ha sido  
Desa cortina causado;

Que como á la fantasía

Fácil engaña el deseo,

Cualquiera dama que veo

Se me figura la mía.

D.<sup>a</sup> JAC.—(Entendile la intencion.)

D.<sup>a</sup> LUC.—(Avisóle la taimada.)

D.<sup>a</sup> JAC.—Segun eso, ¿la adorada  
Es Lucrecia?

D. GAR. —El corazon,

Desde el punto que la ví,

La hizo dueña de mi fe.

D.<sup>a</sup> JAC.—(Bueno es esto.)

D.<sup>a</sup> LUC. —(¿Que esta esté

Haciendo burla de mí?

No me doy por entendida

Por no hacer aquí un exceso.)

D.<sup>a</sup> JAC.—Pues yo pienso, que á estar de eso

Cierta, os fuera agradecida

Lucrecia.

D. GAR. —¿Tratais con ella?



D.<sup>a</sup> JAC.—Trato, y es amiga mía,  
Tanto, que me atrevería  
A afirmar, que en mí y en ella  
Vive solo un corazón.

D. GAR.—(Si eres tú, bien claro está.  
¡Que bien á entender me da  
Su recato y su intencion!)  
Pues ya que mi dicha ordena  
Tan buena ocasion, señora,  
Pues sois ángel, sed agora  
Mensajera de mi pena.  
Mi firmeza le decid,  
Y perdonadme si os doy  
Este oficio.

TRISTAN —(Oficio es hoy  
De las mozas de Madrid.)

D. GAR.—Persuadilda que á tan grande  
Amor ingrata no sea.

D.<sup>a</sup> JAC.—Hacelde vos que lo crea,  
Que yo le haré que se ablande.

D. GAR.—¿Por qué no creerá que muero,  
Pues he visto su beldad?

D.<sup>a</sup> JAC.—Porque, si os digo verdad,  
No os tiene por verdadero.

D. GAR.—Esta es verdad, vive Dios:  
Hacelde vos que lo crea.

D.<sup>a</sup> JAC.—¿Qué importa que verdad sea,  
Si el que la dice sois vos?

Que la boca mentirosa  
Incurre en tan torpe mengua,  
Que solamente en su lengua  
Es la verdad sospechosa.

D. GAR.—Señora....

D.<sup>a</sup> JAC. —Basta: mirad  
Que dais nota.

D. GAR. —Ya obedezco.

D.<sup>a</sup> JAC. (*Aparte á doña Lucrecia.*)  
—¿Vas contenta?

D.<sup>a</sup> LUC. —Yo agradezco,  
Jacinta, tu voluntad.

#### ESCENA VI.

DON GARCÍA Y TRISTAN.

D. GAR.—¿No ha estado aguda Lucrecia?  
¡Con qué astucia dió á entender  
Que le importaba no ser  
Lucrecia!

TRISTAN —A fe que no es necia.

D. GAR.—Sin duda que no queria  
Que la conociese aquella  
Que estaba hablando con ella.

TRISTAN—Claro está que no podia  
Obligalla otra ocasion  
A negar cosa tan clara:  
Porque á tí no te negara



Que te habló por su balcón,  
 Pues ella misma tocó  
 Los puntos de que tratastes  
 Cuando por él os hablastes.

D. GAR.—En eso bien me mostró  
 Que de mí no se encubria.

TRISTAN.—Y por eso dijo aquello:  
 « Y si os vuelven á hablar dello  
 Seréis casado en Turquía. »

Y esta conjetura abona  
 Mas claramente el negar  
 Que era Lucrecia, y tratar  
 Luego en tercera persona

De sus propios pensamientos,  
 Diciéndote, que sabia  
 Que Lucrecia pagaria  
 Tus amorosos intentos,  
 Con que tú hicieses, señor,  
 Que los llegase á creer.

D. GAR.—¡Ay Tristan! ¿qué puedo hacer,  
 Para acreditar mi amor?

TRISTAN.—¿Tú quieres casarte?

D. GAR. —Si.

TRISTAN.—Pues pídelas.

D. GAR. —¿Y si resiste?

TRISTAN.—Parece que no la oíste

Lo que dijo agora aquí:

« Hacede vos que lo crea

Que yo la haré que se ablande. »  
 ¿Qué indicio quieres más grande  
 De que ser tuya desea?

Quien tus papeles recibe,  
 Quien te habla en sus ventanas,  
 Muestras ha dado bien llanas  
 De la aficion con que vive.

El pensar que eres casado  
 La refrena solamente,  
 Y queda ese inconveniente  
 Con casarte, remediado.

Pues es el mismo casarte,  
 Siendo tan gran caballero,  
 Informacion de soltero:  
 Y cuando quiera obligarte

A que des informacion,  
 Por el temor con que va  
 De tus engaños, no está  
 Salamanca en el Japon.

D. GAR.—Si está para quien desea;  
 Que son ya siglos en mi  
 Los instantes.

TRISTAN —¿Pues aquí  
 No habrá quien testigo sea?

D. GAR.—Puede ser.

TRISTAN —Es fácil cosa.

D. GAR.—Al punto los buscaré.

TRISTAN.—Uno yo te le daré.



D. GAR.—¿Y quién es?

TRISTAN —Don Juan de Sosa.

D. GAR.—¿Quién, don Juan de Sosa?

TRISTAN —Sí.

D. GAR.—Bien lo sabe.

TRISTAN —Desde el día

Que te habló en la platería  
No le he visto, ni él á ti.

Y aunque siempre he deseado  
Saber qué pesar te dió  
El papel que te escribió,  
Nunca te lo he preguntado,

Viendo que entónces severo  
Negaste y descolorido;  
Mas agora que ha venido  
Tan á propósito, quiero

Pensar que puedo, señor,  
Pues secretario me has hecho  
Del archivo de tu pecho,  
Y se pasó aquel furor.

D. GAR.—Yo te lo quiero contar,  
Que pues sé por experiencia  
Tu secreto y tu prudencia,  
Bien te lo puedo fiar.

A las siete de la tarde  
Me escribió que me aguardaba  
En San Blás don Juan de Sosa  
Para un caso de importancia.

Callé, por ser desafío;

Que quiere el que no lo calla

Que le estorben ó le ayuden:

Cobardes acciones ambas.

Llegué al aplazado sitio

Donde don Juan me aguardaba

Con su espada y con sus celos,

Que son armas de ventaja.

Su sentimiento propuso,

Satisface á su demanda;

Y por quedar bien, al fin

Desnudamos las espadas.

Elegí mi medio al punto,

Y haciéndole una ganancia

Por los grados del perfil

Le di una fuerte estocada.

Sagrado fué de su vida

Un *Agnus Dei* que llevaba,

Que topando en él la punta

Hizo dos partes mi espada.

Él sacó piés del gran golpe;

Pero con ardiente rabia

Vino, tirando una punta;

Mas yo por la parte flaca

Cogí su espada, formando

Un atajo: él presto saca

(Como la respiracion

Tan corta linea le tapa,



Por faltarle los dos tercios  
 A mi poco fiel espada)  
 La suya, corriendo filos;  
 Y como cerca me halla,  
 Porque yo busqué el estrecho  
 Por la falta de mis armas,  
 A la cabeza furioso  
 Me tiró una cuchillada:  
 Recibila en el principio  
 De su formacion, y baja  
 Matándole el movimiento  
 Sobre la suya mi espada.  
 Aquí fué Troya: saqué  
 Un revés con tal pujanza,  
 Que la falta de mi acero  
 Hizo allí muy poca falta;  
 Que abriéndole en la cabeza  
 Un palmo de cuchillada,  
 Vino sin sentido al suelo  
 Y aun sospecho que sin alma.  
 Déjéle así, y con secreto  
 Me vine: esto es lo que pasa;  
 Y de no verle estos días,  
 Tristan, es esta la causa.

TRISTAN—¡Qué suceso tan extraño!  
 ¿Y si murió?

D. GAR. —Cosa es clara;  
 Porque hasta los mismos sesos

Esparció por la campaña.

TRISTAN—¡Pobre don Juan!... ¡Mas no es este  
 Que viene aquí!

ESCENA VII.

DICHOS Y D. JUAN, Y POR OTRO LADO D. BELTRAN.  
 (*Don Juan y don Beltran se saludan, se jun-  
 tan, y hablan aparte.*)

D. GAR. —¡Cosa extraña!

TRISTAN—¿Tambien á mí me la pegas?

¡Al secretario del alma!

(Por Dios que se lo creí,

Con conocelle las mañas;

¿Mas á quién no engañarán

Mentiras tan bien trovadas?)

D. GAR.—Sin duda que le han curado  
 Por ensalmo.

TRISTAN —¡Cuchillada

Que rompió los mismos sesos,

En tan breve tiempo sanal

D. GAR.—¿Es mucho? Ensalmo sé yo

Con que un hombre en Salamanca,

A quien cortaron á cercen

Un brazo con media espalda,

Volviéndosela á pegar,

En ménos de una semana



Quedó tan sano y tan bueno  
Como primero.

TRISTAN —(¡Ya escampal)

D. GAR.—Esto no me lo contaron,  
Yo mismo lo ví.

TRISTAN —Eso basta.

D. GAR.—De la verdad, por la vida,  
No quitaré una palabra.

TRISTAN (¡Que ninguno se conozca!)  
—Señor, mis servicios paga  
Con enseñarme ese ensalmo.

D. GAR.—Está en dicciones hebraicas,  
Y si no sabes la lengua  
No has de saber pronunciarlas.

TRISTAN—¿Y tú, sabesla?

D. GAR. —¡Qué bueno!  
Mejor que la castellana:  
Hablo diez lenguas.

TRISTAN —(Y todas  
Para mentir no te bastan:  
Cuerpo de verdades lleno  
Con razon el tuyo llaman,  
Pues ninguna salé dél  
Ni hay mentira que no salga.)

D. BEL. (Ap. á D. Juan) ¿Qué decis?

D. JUAN —Estoes verdad;  
Ni caballero, ni dama  
Tiene, si mal no me acuerdo,

Desos nombres Salamanca.

D. BEL. (Sin duda que fué invencion  
De García, cosa es clara;  
Disimular me conviene.)  
—Goceis por edades largas  
Con una rica encomienda  
De la Cruz de Calatrava.

D. JUAN—Creed que siempre he de ser  
Más vuestro, cuanto más valga;  
Y perdonádme, que agora  
Por andar dando las gracias  
A esos señores, no os voy  
Sirviendo hasta vuestra casa.

### ESCENA VIII.

DON GARCÍA, TRISTAN Y DON BELTRAN.

D. BEL.—¡Válgame Dios! ¿Es posible  
Que á mí no me perdonaran  
Las costumbres deste mozo?  
¿Que aun á mí en mis propias canas  
Me mintiese, al mismo tiempo  
Que riéndoselo estaba?  
¿Y que le creyese yo  
En cosa tan de importancia  
Tan presto, habiendo ya oído  
De sus engaños la fama?  
Mas ¿quién creyera que á mí